

EDWIN CIFUENTES

**EL MENSAJE DE
ALMA CIENFUEGOS**



ÍNDICE

I. La búsqueda	7
II. Iván Cortés recobra la memoria	40
III. La manifestación	60
IV. Defensa de la casa	67
V. Noticias de Minerva	101
VI. El entierro masivo	128
VII. El mensaje	138

I. La búsqueda

Hoy fui a buscarte a San José del Bueno y una vez más no te encontré. La barriada estaba sórdida como siempre, el viento soplaba inclemente y el polvo golpeaba encguecedor. Por un momento tuve la certeza que te había encontrado porque alguien caminaba entre una nube de polvo, protegiéndose con una chalina, igual que tú lo hacías cuando ibas a San José. A ese San José que lo encierran dos colinas que en días calamitosos encajonan el viento, el que sopla estrepitoso arrastrando toneladas de polvo. Allí iba yo a buscarte cuando no regresabas a tu hora y allí te encontraba, casi sin aliento, los ojos enrojecidos y la piel blanquizca, ayudando a la gente en sus problemas diarios, que parecen pequeños pero que son inmensos e insolubles y que por eso te hacían olvidar tu hora de regreso.

Ayer te busqué en los archivos de la ciudad. Inocente de mí, pero después de tantos fracasos, por un momento supuse que como tu historia es tan singular, podrías estar donde se guardan todas esas historias, quizá proporcionando a los lectores tantos volúmenes como necesitan, tal vez controlando los tarjeteros o dirigiendo toda la oficina, quién sabe, o por lo menos en un párrafo de esa infinidad de páginas impresas que dicen de periodos, siglos, décadas o semanas y que a veces vienen tan ilustradas con fotografías y dibujos, que dan una semblanza, aunque muy pálida, de un momento de vida pasada. Me estuve en el archivo hasta la hora de cerrar y como siempre, más que como siempre, no te encontré.

En la policía no me dieron razón de ti. Si no les daba tu descripción, me dijeron, no podían ayudarme. Querían

señas especiales, datos, mejor si una fotografía, ¿te puedes imaginar? ¡Una fotografía! Esta gente trabaja con medios completamente rudimentarios, para ellos lo que no ven con los ojos de la cara no existe, no tiene importancia, van por el mundo persiguiendo huellas y cuando las encuentran lo único que les satisface es traer a los dueños de esas huellas y encajarles el pie, y sólo así se dan por satisfechos. Les dije que se fueran mucho al cuerno, que no eras criminal, que si yo te buscaba era porque te me habías perdido como se pierde una persona en una ciudad de muchos millones, como se pierde un sonido en medio del estruendo, una flor en la jungla o un relámpago en la tormenta. Y que no sería el primero, ni el único, que estuviera buscando a una persona como tú.

En el Museo de Historia me sentí muy incómodo al pensar que algo de lo expuesto ahí podría tener alguna relación contigo. ¿Pero en qué forma? ¿Y cuándo? Por lo menos pasaste por aquí, pensé. Con tu afición por las construcciones, te imagino haciendo fila para admirar las bellas maquetas de edificios precolombinos y sonreír ingenuamente con cada rasgo que notaras de una actitud de juego. Sé que habrías querido minimizarte, reducirte a escala para entrar a jugar a Iximché y sofocarte en subir y bajar las pirámides de Tikal. Tu risa cantarina te habría delatado. ¡Si tan sólo hubiera sabido cuándo pasaste por ahí!

Caminaba solitario, disgustado, por una calle poco concurrida, cuando le pregunté por ti a un niño que venía. Me miró sorprendido, hizo el ánimo de comprender y me dijo unas cuantas cosas que si no hubieran sido tan disparatadas quizá me habrían hecho llorar. Pero lo que pasó fue que él me dio razones de mayor con su cabecita de niño. Me decía que no te había visto como si yo lo estuviera acusando de algo; como que si no me satisfacían sus respuestas yo iría a la policía a denunciarlo por ser un niño solitario. Le dije que se calmara, que no le haría ningún daño, al contrario, que lo invitaba a una leche maltada, que hablaríamos como buenos amigos y que olvidara mis preguntas. Él entonces confiado y alegre me contó su historia en una cafetería. Entendió que si no

podía ayudarme para encontrarte, por lo menos me distraería, según él, contándome su historia. Y él tendrá, pensé yo, un poco de compañía que tanto le hace falta. Su historia me pareció enternecedora, no cabe duda, pero como yo seguía pensando en ti, no me enternecí: Al apretarle la mano de despedida, comprendí que tenía que persistir en tu búsqueda.

Una tarde de feria creí haber dado con el lugar donde no podía dejar de encontrarte. La Rueda de Chicago giraba su enorme circunferencia adornada con focos de colores. El Chicotazo hacía estragos entre los atrevidos y la rueda de caballitos remedaba a un gigantón cojo que llevara en brazos tantos ponis de colores. Cuando vi El Laberinto de Drácula, no dudé que habrías entrado y te esperé. Cuántas veces me hiciste llevarte allí, y sufrir esos terrores ridículos para un adulto pero tan emocionantes para un niño, que verte salir de allí sería lo más natural. Pero en eso recordé que los adultos, que los jóvenes prefieren otra clase de juegos, especialmente cuando van solitarios como tú. Seguí esperando sin embargo y cuando los últimos habían salido y empezaban a entrar los de la nueva tanda, recordé que como ya no eres una niña, sin duda te encontraría al bajar de la Rueda de Chicago o quizá de aquellos carritos locos que te gustaban tanto y que de cierta manera a mí me gustaban también, al ver cómo se te iluminaban los ojitos cuando chocábamos contra alguien que no lo esperaba y que tanto te hacía gozar. Pero tampoco estabas. Recorrí toda la feria y volví a ganar un patito de imitación de felpa en el tiro al blanco y en las argollas también me dieron un pequeño florero de loza pintado con flores de pascua. Pero ambas cosas tuve que obsequiarlas, cuando al final del día ya la gente se iba, y después de comprobar que no quedaba en la feria ninguna joven solitaria yo también me iba, más solitario que nunca. Pero de pronto grité: ¡Minerva!, como la vez que en San José del Bueno me pareció reconocerte entre la nube de polvo. Apresuré el paso y mientras más me acercaba más seguro estaba que eras tú.

No te conocía ese vestido floreado, pero cuántos